

# ANTROPOLOGÍA Y LENGUAJE

Por SERGIO O. VALDÉS BERNAL



Burrhus Frederic Skinner

Desde el siglo XVIII muchos antropólogos en Norteamérica comenzaron a interesarse en el estudio de las culturas indígenas, ya que estas preservan ricas experiencias sobre la sobrevivencia, adaptación y convivencia del ser humano en los más diversos medios geográficos de este inmenso continente.

Y como la lengua es el soporte idiomático de la cultura, y esas culturas eran ágrafas, o sea, carentes de escritura, no bastaba la observación participante, era imprescindible la comunicación verbal para asimilar esos conocimientos. Esto se realizaba mediante intérpretes que habían aprendido con sus limitaciones algunas de las lenguas europeas que se fueron imponiendo en Norteamérica por la colonización.

Asimismo, no pocos colonizadores aprendieron alguna de las diversas lenguas indoamericanas. Pero el escaso conocimiento de estas lenguas a veces generaba errores en la interpretación. Así las cosas, a los antropólogos, etnólogos e historiadores no les quedó

*Espacio Laical 3/2008*

otro remedio que convertirse en lingüistas o recurrir a lingüistas para el estudio de estas lenguas.

De ahí que algunas de estas lenguas comenzaron a ser objeto de análisis por lingüistas, quienes impusieron en estos estudios la descripción gramatical, es decir, describir los rasgos morfológicos y sintácticos basándose en las categorías apropiadas para la descripción de las lenguas indoeuropeas.

Pero este enfoque fue duramente criticado en 1911 por Franz Boas, quien destacó la necesidad de que la tarea de los lingüistas es descubrir para cada lengua sus propias categorías gramaticales y crear las categorías descriptivas apropiadas para ellas.

Así, pues, era casi imposible estudiar las culturas y lenguas amerindias con un enfoque eurocentrista, lo que exigía una reorganización del enfoque lingüístico-cultural. De esa forma, a la larga, se fue conformando la concepción de Boas respecto de que la antropología está compuesta por cuatro áreas, en la cual el estudio de la lengua es tan importante como el estudio de la cultura, junto a los registros arqueológicos y biológicos.

Con ello, Boas demostró la importancia de la lingüística como herramienta para el análisis de la cultura y de la historia de un pueblo dado, así como la función que tiene la lengua en la preservación y transmisión de la cultura (tradición oral), y el valor que revisten los estudios lingüísticos para

los antropólogos. De ahí que se acuñara el término de antropología lingüística (linguistic anthropology), empleado por primera vez por Otis T. Mason a finales del siglo XIX.

El estudio descriptivo de las lenguas indígenas de Norteamérica y sus características tan diferentes de las europeas, fueron dando origen a la idea de que las lenguas, mediante su estructura gramatical y su léxico, no «interpretan» la realidad de la misma forma. A partir de esta concepción surgió la llamada hipótesis Sapir-Whorf, conocida también como relativismo cultural, relatividad, relatividad ontológica o simplemente relativismo, pensamiento muy vinculado a la teoría del mismo nombre.

Edward Sapir fue alumno de Franz Boas en la Universidad de Columbia, donde estudió varias lenguas amerindias y desarrolló los estudios que vinculan la cultura a la lengua como muestra de que no se puede estudiar una aislada de la otra. Sapir conoció a Benjamín Lee Whorf a partir de 1928, pero no llegaron a trabajar juntos hasta 1931, cuando Sapir se convirtió en profesor de antropología y lingüística en la Universidad de Yale, en cuyo primer curso sobre lingüística amerindia se inscribió Whorf.

Whorf trabajó con el náhuatl y el hopi, y llegó a la conclusión de que la compleja gramática del hopi evidencia una peculiar forma de percibir el mundo, por lo que se convenció de que ningún individuo puede describir la naturaleza con absoluta imparcialidad, pues está limitado por determinados

modelos de interpretación debidos a la lengua que habla como soporte de su cultura. En líneas generales, por otra parte, Sapir demostró que el lingüista que se dedica al estudio de las lenguas indígenas de América no debe ignorar los datos etnográficos, por lo que en cierta medida este se convierte en etnólogo o en antropólogo social. Así las cosas, la idea sapiriana, continuadora de la de Boas, que relacionaba estrechamente la antropología, la etnología y la lingüística, fue reforzada por Whorf.

Esta concepción en el estudio del lenguaje guarda cierta relación con las interpretaciones de Guillermo de Humboldt (1767-1835), para quien el lenguaje no es solamente el reflejo de las estructuras sociales, culturales y psíquicas, sino que organiza para nosotros el mundo circundante. Indudablemente, algunas de las ideas de Humboldt retomadas en las décadas del 30 y del 40 del siglo XX bajo la égida del llamado neohumboldtismo, influyeron considerablemente en el surgimiento de la hipótesis de Sapir-Whorf.

El ejemplo más citado para justificar la hipótesis Sapir-Whorf fue tomado de la lengua de los inuits, concretamente en lo relacionado con el concepto de «nieve». Así, pues, mientras que los europeos solamente utilizan una sola palabra para identificar la «nieve» en sus respectivas lenguas, los inuits utilizan tres.

Por lo tanto, se suponía que el inuit clasifica y segmenta mediante su lengua la realidad circundante de forma diferente a la que lo hace un europeo. Sin embargo, los estudios en torno a la teoría del reflejo realizados por Vladimir Ilich Ulianof, más conocido por Lénin (1870-1924), fundamentalmente en sus *Apuntes filosóficos* y en *Materialismo y empiriocriticismo*

(1909), permitieron demostrar que el pensamiento refleja la realidad objetiva, y que la lengua refleja esa realidad mediante las actividades social y cognoscitiva de la gente que la habla, como reflejo de la realidad en su conciencia e influyendo sobre ella como fuerza social.

Con el transcurso del tiempo, entre los antropólogos cognitivos y los teóricos del lenguaje se fue imponiendo el hecho de que la realidad es la misma para todos los pueblos, pero que algunos de ellos segmentan esta realidad de forma diferente, según sus necesidades y de acuerdo al grado de dependencia del entorno.

Por tanto, la realidad material del entorno es la misma para un inuit que para un europeo; la diferencia entre ambos estriba en cómo designa cada uno esa realidad mediante el lenguaje, de acuerdo con un mayor o menor grado de dependencia del medio. Así, para un inuit es más pertinente denominar la nieve con tres vocablos diferentes, de acuerdo con su textura, que para un europeo, para quien no es tan importante esta realidad.

Mientras, en la lingüística estadounidense se iba abriendo camino la tendencia del behaviorismo o conductismo, basada en la teoría del psicólogo John B. Watson expuesta en su libro *Behaviorism* (1924). Según Watson, todo lo relacionado con la actividad mental, incluso el uso del lenguaje, puede ser manifestado en términos de hábitos o patrones de estímulo y respuesta, construidos mediante condicionamientos.

En el campo de la lingüística, el ejemplo más notable de la tradición conductista es Leonard Bloomfield, autor de *Language* (1933). Según Bloomfield, la lengua es un tipo de sustituto de

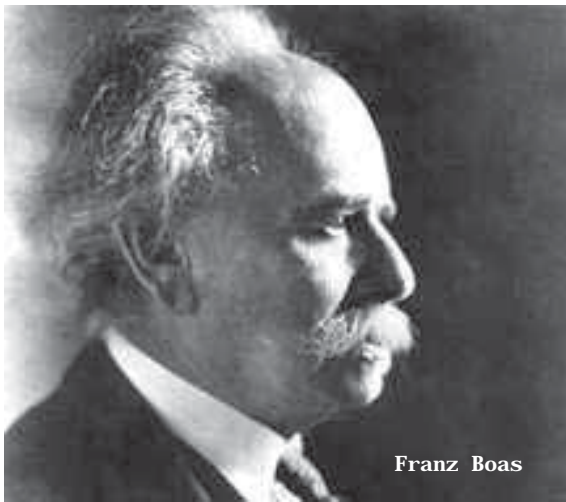
la acción. Sin embargo, la más rigurosa aplicación de la teoría conductista al estudio del lenguaje es el libro de uno de los más famosos psicólogos conductistas del siglo XX, Burrhus Frederic Skinner, autor de *Comportamiento verbal* (1958), por cierto, muy criticado por Noam Chomsky en un artículo suyo de 1959.

En líneas generales, podemos decir que toda teoría lingüística que se refiere a la relación entre lenguaje y pensamiento puede ser calificada de mentalista, por lo que en esta clasificación entran los trabajos de los ya mencionados Sapir, Whorf, Bloomfield, Skinner y los del propio Chomsky, aunque él prefiera hablar de «lingüística racionalista».

En 1956 Charles F. Voegelin y Zellig S. Harris dieron a conocer un artículo, en el que señalaron la necesidad de vincular más los estudios lingüísticos con los antropológicos. A la larga, con el esfuerzo de fortalecer aún más los nexos entre la antropología y la lingüística, comenzó a ponerse en boga el término de lingüística antropológica (*anthropological linguistics*) en lugar del ya acuñado de antropología lingüística (*linguistic anthropology*). Con ello se daba a entender la relevancia del enfoque lingüístico por sobre el antropológico en el estudio de un fenómeno dado.



Noam Chomsky



Casi al mismo tiempo se fue forjando otra tendencia en los estudios lingüísticos vinculados a la antropología. John Gumperz fue contratado por la Universidad de California en Berkeley como profesor de hindi, lo que le permitió ponerse en contacto con Charles A. Ferguson, a quien había conocido durante sus trabajos de campo en la India. Ambos organizaron una sesión en el encuentro anual de la American Anthropological Association, cuyos aportes fueron publicados en 1960.

En la introducción revisaron los viejos conceptos de la dialectología, de la lingüística diacrónica e introdujeron la noción de «variedad», reemplazando el viejo término de dialecto. De esta forma, Ferguson y Gumperz dieron origen a la fundación de lo que más tarde se llamaría «sociolingüística».

Realmente, parte los trabajos del ya mencionado Sapir lo convirtieron –sin él proponérselo– en el primer sociolingüista. Aun cuando existe una larga tradición de estudios lingüísticos de carácter dialectológico y de estudios que relacionan al lenguaje con la cultura y la sociedad que la creó, como es el caso de la lingüística mentalista ya mencionada, no es hasta la década del 60 del siglo XX que el interés por la sociolingüística se impuso gracias

a los estudios de William Labov en los EE.UU., y de Peter J. Trudgill en Inglaterra.

Muchos estudios sociolingüísticos abordan la forma en que la lengua varía de acuerdo con el contexto social en que se le utiliza y en dependencia del grupo social al que el hablante pertenece. Todas estas unidades idiomáticas que varían sistemáticamente en re-

lación con variables sociales como la región de origen del hablante, la clase a la que pertenece, su grupo étnico, edad y género son llamadas variables sociolingüísticas y sus diferentes formas son llamadas variantes o variantes funcionales (algunos lingüistas prefieren el término registro).

Las variantes funcionales difieren de otras variantes, porque su uso trasciende las dimensiones establecidas por la variante patrón, es decir, la variante culta, literaria.

Las variantes funcionales pueden ser asociadas con tipos de interacciones específicas, con ciertas instituciones, con las condiciones del lugar de trabajo, con situaciones formales o informales, con la idiosincrasia del propio hablante. Los hablantes utilizan las variantes por ellos conocidas de una forma funcional, o sea, digamos que utilizan la variante A en un contexto y la variante B en otro. Algunos, por ejemplo, que hablan un dialecto dado en casa, utilizan la variante patrón en la escuela, pero utilizan además otra variante cuando hablan con sus colegas en el recreo. Las lenguas especiales, las lenguas profesionales, las jergas o las lenguas comerciales también pueden ser consideradas como variantes funcionales.

De esa forma, las variantes funcionales constituyen la menor unidad de variación lingüística. Todas estas variantes (de uso, de habla), que dependen de la función y de la situación, comprenden el «repertorio verbal» del hablante, al decir de Gumperz y Hymes. Siguiendo la tradición de John R. Firth, quien tomó lo mejor del estructuralismo y del funcionalismo y lo mezcló con las ideas del antropólogo Bronislaw Malinowski (1884-1942).

No debemos pasar por alto que cuando Dell Hymes se trasladó a Berkeley, procedente de Harvard, comenzó a colaborar con Gumperz y vinculó su interés en el habla, como actividad cultural, con los intereses de Gumperz en dialectos sociales y variaciones lingüísticas. De esta forma se originó lo que Hymes denominó «etnografía del habla», extendida a lo que parecía un campo más general, la «etnografía de la comunicación», sobre la que publicó dos colecciones.

Esto representó, dentro de los estudios de tendencia sociolingüística, una manera de estudiar la lengua desde muchas formas radicalmente diferentes de las anteriores versiones de la antropología lingüística, la dialectología y la lingüística histórica, así como de la crecientemente popular lingüística generativa-transformacional de Noam Chomsky. La idea de Hymes fue crear un modelo descriptivo de la sociolingüística con la intención de hacer explícitas una serie de nociones o componentes.

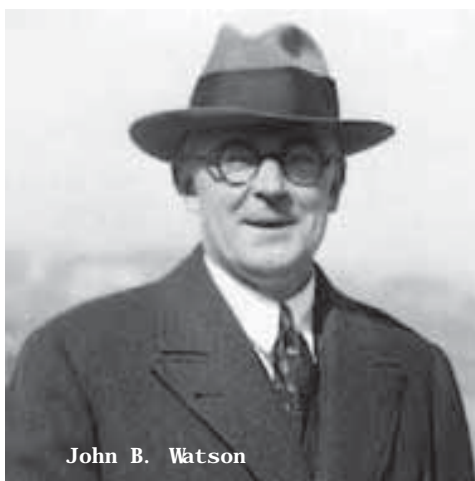
Para Hymes, los componentes de una descriptiva etnografía del habla son: (i) la comunidad de habla, (ii) la situación de habla, (iii) el evento de habla, (iv) el acto de habla, (v) el estilo de habla, (vi) las formas de habla, (vii) los componentes del habla, (ix) las reglas del habla. Como forma de confirmar lo por él expuesto, Hymes

dio a conocer una monumental colección de estudios y ensayos sobre aspectos culturales y sociales del uso de la lengua y de su estructura. De ahí que se fuera imponiendo de nuevo el viejo término de antropología lingüística (*linguistic anthropology*) en detrimento del de lingüística antropológica (*anthropological linguistics*), más popular en aquel entonces.

En fin de cuentas, a finales de la década del 60 del siglo XX, la convergencia de los estudios de Hymes y Labov reforzó el clima intelectual en el cual prevaleció el estudio de la lengua desde el punto de vista de cómo es usada en la sociedad. A esto se sumó el estudio de Ervin Goffman sobre los encuentros cara a cara, así como la etnometodología de Harold Garfinkel.

En líneas generales, los estudios que abordan las relaciones entre sociedades y lenguas como un todo pueden ser agrupados en el concepto de antropología y sociología del lenguaje. Esto comprende estudios en la tradición Sapir-Whorf (antropología del lenguaje, lingüística mentalista) y estudios de temas relacionados con la problemática de la diversidad idiomática y su incidencia en desarrollo económico y la posible planificación lingüística que un gobierno adopte al respecto (sociología del lenguaje). Sin embargo, estas áreas de estudio se interrelacionan, y cualquier diferenciación entre ellas radica en el propósito general de la investigación, ya sea este más inclinado hacia lo lingüístico, lo social o lo cultural. Otros temas relacionados con esta tendencia en los estudios lingüísticos son el análisis de las situaciones de bilingüismo, multilingüismo, lenguas criollas y pidgins, crítica lingüística, dialectología, diglosia, lenguaje y educación, lenguaje y género.

Morton Fried y Marvin Harris, en su momento establecieron las diferentes perspectivas de la antropología general, que suele estar representada por cuatro campos de estudio: (a) la antropología cultural, a veces llamada antropología social; (b) la antropología física o biológica; (c) la arqueología; y (d) la antropología lingüística. Alessandro Duranti, por su parte, acota que, en suma, la antropología lingüística puede ser definida como el estudio de la lengua dentro del contexto de la antropología. Esto significó concentrarse en los aspectos de la lengua que, para ser comprendidos, necesitan una referencia a la cultura y, por tanto, deben ser estudiados con la ayuda de



John B. Watson

métodos etnográficos, como por ejemplo, el de la observación participante. La antropología lingüística se orientó hacia el estudio de formas lingüísticas como parte de actividades culturales o como constituidas estas por sí mismas como una actividad, como es la noción de Hymes de «evento de habla». Este enfoque rompió con la definición restringida de lengua y aceptada por muchos lingüistas que entendían que el estudio de la lengua era el estudio de la gramática. Pero, además, la antropología lingüística reveló nuevos caminos de repensar la lengua como

cultura. Por tanto, allí, donde los antropólogos socioculturales en un principio tendían a ver la lengua únicamente como una herramienta para describir o interpretar la cultura, con el nuevo enfoque de la antropología lingüística aportados por Gumperz y Hymes, los antropólogos podían contar con estudios sobre el complejo uso «cultural» de la lengua que, por ende, necesitó de la descripción lingüística y etnográfica. Además, el avance de estos estudios rompió con la tradición impuesta por Boas en cuanto a concebir la cultura como un fenómeno mental, tendiente a minimizar la «competencia» en la actuación.

En su posterior desarrollo, la antropología lingüística ha contribuido, mediante el estudio de la lengua, a la mejor comprensión de particulares fenómenos socioculturales en lo referente la formación de la identidad, la problemática de la globalización (más correctamente en español sería mundialización) y su repercusión en las lenguas y las culturas, al surgimiento y manifestaciones del nacionalismo, entre otros aspectos. Estas cuestiones involucran a la lengua no como objeto primario de la investigación, sino más bien como instrumento para acceder a los complejos procesos sociales, acota M. Morgan.

Así, pues, en líneas generales, podemos plenamente coincidir con Alessandro Duranti cuando señala que ante «...las diferentes denominaciones que recibe el estudio de la lengua como cultura –antropología lingüística, lingüística antropológica, etno-lingüística y socio-lingüística- he sostenido que más que sinónimos, estos rótulos corresponden a diferentes orientaciones teóricas y metodológicas frente al objeto de estudio».

